

INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN HUMBOLDT EL REGRESO EN EL MUSEO NACIONAL DE COLOMBIA.

Bogotá, 23 de marzo de 2001

“En los más remotos tiempos, antes de que la Luna acompañase a la Tierra, los habitantes de la meseta de Bogotá vivían como bárbaros, desnudos y sin agricultura, ni leyes, ni culto alguno (...) De improviso se aparece entre ellos un anciano proveniente de las llanuras situadas al Este de la Cordillera de Chingasa, cuya barba larga y espesa le hacía de raza distinta de la de los indígenas. Se conocía a este anciano por los tres nombres de Bochica, Nemqueteba y Zuhé (...) Enseñó a los hombres el modo de vestirse, a construir cabañas, a cultivar la tierra y a reunirse en sociedad (...) Acompañaba a Bochica una mujer que destruía malignamente todo cuanto aquel había proyectado para hacer la felicidad de los hombres. Huytaca (también llamada Chía) hizo crecer, con sortilegios, el río Funza. La llanura toda se convirtió en un lago y solamente unos pocos hombres tuvieron tiempo de ponerse a salvo en los montes cercanos. Irritado, el anciano desterró de su lado a la malvada esposa, que abandonó la Tierra y se convirtió en la Luna. (...) Bochica, movido a compasión por la especie humana, rompió con mano poderosa las rocas que encerraban el valle por el lado de Canoas y de Tequendama;

por allí se precipitó el Funza, y quedó seca la llanura. La catarata del Tequendama, la maravilla de la comarca, es así la obra de Bochica”.

Esta hermosa descripción del mito de Bochica y de Chía, del nacimiento de la Luna y del Salto de Tequendama, no fue escrita por un literato, ni concebida por un imaginativo fabulador, ni es tampoco el resultado de la investigación de un antropólogo colombiano sobre nuestras más arraigadas leyendas indígenas.

Esta historia fue narrada por un hombre venido desde el otro lado del Atlántico: por un prusiano universal que no se contentó con el conocimiento enciclopédico acumulado en Europa; por un sabio de 31 años que arribó un 24 de marzo de 1801, junto con su colega francés Amadeo Bonpland, a las costas del Caribe colombiano, cuya expedición, estudios e ideas aún siguen dando de qué hablar en nuestro país y en el mundo.

Era el barón Alexander von Humboldt: un apasionado berlinés que había estudiado en las Universidades de Frankfurt y Gotinga, que había bebido en Francia el elíxir libertario de la

Revolución, y que, por vueltas del destino, había cancelado un viaje a Egipto para embarcarse, con el aval del Rey Carlos IV de España, hacia las tierras inexploradas y mágicas de América, que reclamaban un nuevo descubridor.

Bien lo dijo el Libertador Simón Bolívar: *“Alexander von Humboldt es el verdadero descubridor de América del Sur. El Nuevo Mundo le debe más a él que a todos los conquistadores juntos”*.

En Colombia, Humboldt y Bonpland estuvieron por un espacio de 9 meses que culminaron el 31 de diciembre de 1801. Iniciaron su recorrido por Cartagena, -después de haber escapado a una tormenta que los hizo refugiarse tras la isla de Barú-; estuvieron en Turbaco, donde estudió los géiseres que brotaban de los “volcancillos de lodo”; recorrió todo el cauce navegable del río Magdalena, desde Barrancas Nuevas, pasando por Mompós, El Banco y Barrancabermeja, hasta el puerto de Honda; desde allí tomaron un penoso camino de herradura, pasando por Guaduas, Villeta, Sasaima, Facatativá y Fontibón, hasta que, finalmente, arribaron a la capital del virreinato, donde los esperaba un anciano clérigo cuya fama

de científico y botánico había trascendido las fronteras: el sabio José Celestino Mutis.

Así cuenta Humboldt su espectacular arribo a esta ciudad: *“Nuestra llegada a Santafé se asemejó a una marcha triunfal. El Arzobispo nos había enviado su coche, con el cual vinieron los notables de la ciudad. Se nos dio un almuerzo a 2 millas de ésta, y entramos con un acompañamiento de más de 60 personas a caballo. Como se sabía que veníamos a hacer visita a Mutis, quien es en la ciudad sujeto de gran consideración, (...) se buscó dar cierto brillo a nuestra llegada y honrar en nosotros a este hombre”*.

Aquí, en Bogotá, habrían de pasar Humboldt y Bonpland cerca de dos meses, que aprovecharon para intercambiar experiencias y conocimientos con Mutis, para subir a los cerros de Monserrate y Guadalupe, para conocer y estudiar las minas de sal gema de Zipaquirá y Nemocón, el imponente Salto de Tequendama y la deslumbrante Laguna de Guatavita.

Luego seguirían por tierra, -a lomo de mula y caminando-, hacia Ibagué, reseñarían la existencia del singular puente natural de Icononzo, cruzarían los Andes por el difícil paso de

las montañas del Quindío, y bajarían, pasando por las tranquilas tierras del Valle del Cauca, hacia Popayán y Pasto, y desde allí, finalmente, hacia la Provincia de Quito.

Vale la pena que recordemos cómo Humboldt se refirió a su paso por la pintoresca capital caucana, que despertó en el naturalista la vena del poeta: *“La situación de Popayán es deliciosa. Una campiña risueña, bella vegetación, clima templado, el trueno más majestuoso que jamás se ha oído (...): esta mezcla de lo grande y de lo bello, estos contrastes tan variados, que la mano del Todopoderoso ha sabido colocar en la más perfecta armonía, llenan el alma de las más grandes e interesantes imágenes”*.

No pudo nuestro sabio Caldas encontrar a Humboldt en Popayán, pero se vieron en la fronteriza ciudad de Ibarra, donde los dos jóvenes científicos admiraron mutuamente sus trabajos. Humboldt no daba crédito a tanta sapiencia y tantos acertados descubrimientos de Caldas, encerrado como estaba en la oscuridad de una ciudad remota. Por eso dijo: *“¡Cuánto podría realizar semejante hombre en un país donde se le proporcionara más apoyo! Hay por esta Sur América una ansia*

científica completamente desconocida en Europa, y habrá aquí grandes transformaciones en lo porvenir”.

Queridos amigos:

Han pasado 200 años, pero cuánto podemos aprender aún de las atinadas observaciones del barón de Humboldt.

Hoy, cuando estamos poniendo en práctica un proyecto educativo que abra a los colombianos las puertas del tercer milenio y de las nuevas tecnologías, qué hondo resuenan las palabras del sabio prusiano cuando dice que urge cambiar enteramente el plan de educación para hacer entender a los jóvenes que no se puede aprender todo en dos días y que más vale saber poco, pero saberlo bien.

Cuánta razón le asiste cuando afirma que “la física y las ciencias que faltan a todos los americanos no pueden echar raíces profundas sino en una generación robusta y enérgica”.

Ciertamente, Humboldt era un verdadero hombre del saber, que no separaba sus intereses ni consideraba de menor valía ningún tema. Con una integralidad que sería propia de un

genio del renacimiento, el Barón estudió y registró, sin descanso, las costumbres sociales, la conformación y cantidad de las plantas, los fenómenos atmosféricos, las formaciones geológicas, los movimientos de los planetas, los accidentes geográficos, con tal dedicación y sabiduría que bien merece el reconocimiento unánime de una humanidad que ha cabalgado muchas décadas sobre la senda que él abrió con su infinita curiosidad.

Humboldt, quien venía de Venezuela y Cuba, salió de la tierra colombiana hacia Ecuador y Perú; escaló el Chimborazo, estableciendo un nuevo récord de montañismo; viajó por México y los Estados Unidos, y regresó triunfalmente a Europa llevando miles de datos y de muestras científicas, siendo una de las más admiradas -según le contaba él mismo al Rey Federico Guillermo III de Prusia- un pedazo de platino encontrado en el Chocó, 34 veces más grande que el trozo de mayor tamaño que existía en Europa.

Humboldt, el ferviente defensor del ideario de la Revolución Francesa, conoció a Bolívar y le expresó siempre su simpatía con la causa de la independencia de la América del Sur.

Humboldt, el humanista, fue el más acérrimo crítico de la institución de la esclavitud; de la difícil situación de los negros e indígenas en la colonia; de los tremendos trabajos que realizaban los cargadores del Quindío.

Humboldt, el defensor de la justicia social, se quejaba de cuán poco protegen las leyes al más pobre del más rico y promovía las bondades de una economía solidaria, donde un solo trapiche sirviese para el trabajo de muchos vecinos.

Humboldt, el visionario, le proponía al Libertador la exploración geológica de todo el suelo colombiano, para aprovechar uno de los territorios más curiosos, desde el punto de vista mineralógico, que conocía en el mundo entero.

Han pasado dos siglos y sus ideas, sus sueños, sus estudios, su ejemplo de vida, aún nos interpelan y nos emocionan.

Señoras y Señores:

Hoy sabemos que Humboldt no se ha ido. Que el hombre que arribó a América a bordo del bergantín Pizarro dejó una huella

tan grande que difícilmente podrá borrarse de la faz de nuestros pueblos.

¡Qué excelente oportunidad nos brinda ahora el Museo Nacional al preparar y entregar al público colombiano una completa y bien pensada exposición sobre la vida y el legado de este hombre universal!

Aquí están la mano generosa y la visión americanista de la Embajada de la República Federal de Alemania, del *Goethe-Institut* de Bogotá y del Centro de Artes y Exposiciones de Alemania; aquí está el papel misional del Ministerio de Cultura; aquí está el patrocinio siempre dinámico de la Federación Nacional de Cafeteros, de Gas Natural y de tantas otras instituciones públicas y privadas, incluyendo la colaboración de la Oficina de Cultura y Prensa de la Embajada de los Estados Unidos de América. Aquí está también la labor desinteresada de un verdadero ciudadano colombo-alemán, como lo es Hans Vollert, quien ha aportado su entusiasmo y su tiempo para garantizar el éxito de esta exposición.

Gracias a todos ellos, hoy el Barón Alexander von Humboldt está más presente que nunca en esta capital donde vivió dos

meses de una larga vida dedicada a la ciencia y al progreso de la humanidad.

Los invito a revivir su camino, a repasar su legado intelectual; a avanzar, como él, alumbrados por las luces intermitentes de los cocuyos tropicales, hacia un futuro que será nuestro si lo forjamos con nuestras propias manos.

No olvidemos jamás la epopeya de Humboldt. No olvidemos a aquel que dijo un día, y que hoy nos repite desde el cielo de los grandes: *“Hago votos por vuestro bienestar, por la prosperidad y la consolidación de la libertad de un continente que miro como a mi segunda patria”*.

Muchas gracias